

mientras viva con su muger. Tú, que eres jóven, la hallarás bonita: su marido está enamorado y lo sacrificaría todo por ella. Tienen dos hijos mui preciosos, que sufrirán malos tratamientos de su padre. Yo no disculparé jamas su debilidad de no haber sabido resistir á los caprichos dispendiosos de su muger; pero no quisiera que estos pobres niños fuesen arrastrados á su ruina. ¿Qué te parece del pensamiento de ayudarle á salir de este quebranto? ¿Será dinero mal empleado? Shechem se calló un momento, esperando una respuesta de Teodoro, cuya sorpresa era mui grande para poder responderle al momento. Tenia los ojos fijos sobre Bensadí, atrevién-

apenas á creer que hubiese un hombre susceptible de tanta generosidad.

Shechem, que no adivinaba los motivos de este silencio, continuó: «No conociendo esta familia, ¿dudas tú acaso que el arrepentimiento de esta muger sea sincero, y que trate seriamente de cambiar de conducta! ¿Tú no la has oido abjurar esas ideas estravagantes que la habian hecho mirar el lujo como una necesidad!

— No, no, exclamó Teodoro; otra es la idea que me ocupa. Es imposible que esa muger, sea la que fuere, no vea las consecuencias ruinosas de su vanidad. Es madre, y el perjuicio que ha causado á sus hijos debe despedazar-

la el corazón. ¡Oh! sí, seguramente, su enmienda no es dudosa. Una economía severa reparará el estrago que ha hecho en la fortuna de su marido, y consolidando el tiempo esas disposiciones virtuosas, este último hallará en el amor de su muger mas felicidad que la que ha tenido hasta el presente. ¡Estos esposos, sus hijos os bendecirán hasta el último suspiro!!!..... ¿Qué mas quereis que os diga?»

Shechem pasó la mano sobre sus ojos, que se habian enternecido. «Tú me has persuadido, dijo á Teodoro. No, sin duda, hacer bien á estos niños nunca será una imprudencia. En este supuesto te encargo entregar esto á su padre.»

Teodoro se estremeció. «Lo que exigís es imposible: yo no puedo dejar vuestra casa: me veo precisado á renunciar el placer de llevar esos socorros al infortunio.»

Shechem hizo tambien un movimiento de sorpresa: habia puesto sobre la mesa un billete de banco de quinientas libras esterlinas, que confiaba á Teodoro sin condicion alguna. Si su designio de permanecer oculto hubiese sido el de librarse del castigo de un delito contra el honor, ¿se hubiera resistido á la ocasion que se le presentaba de apropiarse esta suma? Otra causa era la que producía esta conducta tan misteriosa, y era preciso fuese bien poderosa para impedir á un hombre que acababa

de abogar con tanto calor en favor de los desgraciados, encargarse de una mision que debia colmarlos de alegría; pero no estaba en manos de Shechem el aclarar este misterio, y sus conjeturas no le podian afirmar en nada.

Mientras hacia estas reflexiones, y que por su parte Teodoro habia caido en una profunda meditacion, teniendo uno y otro fijos los ojos sobre el billete de banco que habia quedado sobre la mesa, párase á la puerta un brillante coche, y con golpes redoblados fue anunciado un hombre de distincion. Teodoro tomaba con precipitacion el camino de la cocina, cuando Shechem le indicó con un gesto el escritorio, al mismo tiem-

po que metia el billete de banco en su cartera.

En este momento entró un jóven, y era el lord Pindarn, que sin detencion se recostó en un sofá. «Y bien, viejo pecador, dice, estirándose su corbatin, apostaré á que adivináis el objeto de mi visita: hombre, en verdad que deberiais quitar de este cuarto todos esos antiguos pergaminos, esos mapas, esos contratos, y todos esos trapos tan tristes como los extractos mortuorios.... ¿Para qué sirven los fondos?

— El dinero es mas raro que nunca, responde Shechem: no se encuentra un schelin: el papel á plazos eternos cuanto se quiera; pero por las guineas, ya

no sé de qué color son.

— Bien esperaba yo esa respuesta.... Por lo demas no me importan las guineas si quereis; pues con algunos buenos billetes de banco me daré por contento. ¿No admirais, Shechem, la invencion de esta banca? Gracias á ella, la circulacion de los fondos es de una maravillosa facilidad. Mil libras esterlinas se llevan con la mayor comodidad en una cartera, mientras que cien guineas que me die-seis en metálico embarazarian mucho mis bolsillos.

— ¿Yo daros cien guineas? ¿dónde las habia de hallar? No penseis en eso, Milord: me seria imposible reunir cincuenta.

Vamos, hijo de Jacob.... ¿no

os he dicho que el oro me incomodaba? Tengo una confianza que haceros, mi querido amigo. Una señorita que yo protejo, y que honro infinitamente, está en este momento en la ciudad: le han presentado unos soberbios braceletes de diamantes, y se la han antojado: yo en conciencia no puedo negárselos. Quisiera la vieseis, buen Shechem; pues á pesar de lo duro que es vuestro corazon, se ablandaria: estoi seguro; pues entre nosotros la belleza tiene el don de los milagros. Es una escapada de mis estados, donde, si he de decir verdad, no hai mas que hermosuras y perdices.... Yo decia, pues, que queria regalarla este adorno de braceletes: para esto no necesito mas

que mil libras esterlinas : dádme-
las, y quedo corriente solo con
esto.

— Seguramente, Milord, os es-
tais chanceando: ¡mil libras es-
terlinas!!!... ¿dónde quereis que
un miserable como yo pueda ha-
llar una cantidad semejante?

— Vamos, despachémonos, pues
necesito esa cantidad, cueste lo
que cueste. ¿Quereis dárme-
la? sí ó no. No tengo tiempo para espe-
rar : el viejo Zinacril me la ofrece
á sesenta por ciento.

— ¿Sesenta por ciento decis?
merece la pena; pero eso no es
propio de un hombre honrado....
Vamos, hacedme vuestro billete
por quinientas libras esterlinas;
yo buscaré prestadas trescientas

para entregaroslas : el dinero es
tan raro, que no se encuentra si-
no á un premio exorbitante.

— ¡Escelente, excelente! ¡hon-
rado y desinteresado israelita!
¿Qué pensais del otro mundo, vie-
jo pecador? ¿Creeis que el amigo
Lucifer os olvidará?

— ¡Ah! Milord, vos y vuestros
semejantes le dais tanto que ha-
cer, que no tiene apenas tiempo
para pensar en mí.

— ¡Bravo, bravo!!! cuando yo
me halle en el consejo secreto de
Satanás, no me olvidaré de mi vie-
jo amigo de las Minorías.... Son
las cinco, nosotros comemos á las
siete, tengo que marcharme. Va-
mos, una pluma y tinta : me da-
reis nuevecientas libras esterlinas.

— Eso no puede ser, Milord.... un préstamo tan fuerte me arruinaría, y yo no.... Pero vamos, no hai cosa que yo no haga por vos.... Suscribid á un premio de doscientas libras, y mañana tendreis el dinero.

— Yo no puedo esperar tanto, pues lo necesito en una hora.... tengo que entregar esta noche los braceletes.

— Esperad: me habia olvidado que tengo justamente la cantidad que necesitais, pues la he recibido esta mañana. ¡Qué memoria tan mala la mia!.... Ya no me acordaba.... Voi á buscarlo: haced vuestro billete.»

Un momento despues Shechem sacó al Lord ochocientas libras

esterlinas, y recibió en garantía un billete de mil. Hecha esta operacion, el lord Pindarn subió á su coche, y desapareció.

La admiracion de Teodoro es mas fácil de inferirse que de esplicarse. ¡El bienhechor israelita venia á ser uno de los mas codiciosos usureros! ¡El hombre que un momento antes ofrecia á un negociante desgraciado una suma de quinientas libras esterlinas sin interes, y casi sin ninguna garantía! ¡este mismo hombre exigir un billete de mil por un préstamo de ochocientas!!! ¿Cómo conciliar los principios contradictorios de semejante conducta? Teodoro confundido no sabia qué idea formar, y no habia salido aun de su sor-

presa, cuando le llamó Shechem:

El billete del Lord estaba sobre la mesa: Teodoro le miraba sin decir nada: Shechem fue el primero que tomó la palabra. «Mi lord apenas advertía que hubiese allí un segundo testigo de sus extravagancias. ¿Qué piensas tú sobre este asunto?»

— Yo pienso.... respondió Teodoro;» y se detuvo por no saber si debía decir ó callar su opinion.... yo pienso.... yo no sé qué pensar de un hombre que presta á un interés tan enorme, y que al mismo tiempo prodiga en favor de un desgraciado el doble y mucho mas del provecho que acaba de sacar.

— Esa es mi costumbre: les saqueo lo supérfluo á los ricos para

distribuirlo entre los necesitados: todo lo que yo recojo de la fortuna del hombre pródigo, es otro tanto de menos en la masa de las sumas empleadas en la ruina de la inocencia, en la opresion de los desgraciados, ó para satisfacer los gustos desarreglados del libertino y la codicia del bribon; en fin, yo hago una especie de justicia distributiva....»

Trataba de continuar, cuando el movimiento que hizo Teodoro llamó su atencion: al decir Shechem las últimas palabras, se había levantado bruscamente, frotándose las manos una contra otra; la desesperación estaba pintada en sus ojos; el hombre mas insensible no hubiera podido menos de

enternecerse al ver su agitacion: dió dos vueltas por el cuarto y volvió despues á ocupar su lugar con una tranquilidad aparente, como si no hubiese sucedido nada.

Perdonad, dice á Shechem, este acceso de locura de que no he sido dueño: yo me reprimiré para lo sucesivo.»

Shechem tuvo el aire de creerle, aunque este movimiento le pareció proceder de otra causa que de un acceso de locura. Sin descubrir nada de sus sospechas, se contentó con decir: lo mejor que podemos hacer es volver á nuestros asuntos.

Teodoro pasó el resto del dia en el escritorio, para poner en órden una gran cantidad de letras de

cambio, de contratos y otros papeles importantes: lo que mas le llamó la atencion en las operaciones de que tomó conocimiento, fue la de cierta casa de banco del norte de Inglaterra: las letras de cambio, negociadas por esta casa, estaban descontadas por Shechem, que giraba despues sobre ella por su importe, añadiendo el interes y el tanto de comision. Este papel circulaba así, yendo y viniendo del uno al otro, de manera, que el crédito de esta casa descansaba principalmente sobre los capitales de Shechem.

El trabajo entretenia las penas secretas de Teodoro: cerca de un mes se pasó, durante el que no se distrajo de las operaciones usua-

les del comercio, sino en algunos actos de beneficencia de que Shechem algunas veces era testigo: este por su parte no habia tenido aun ninguna ocasion de penetrar el misterio que le ocultaba la situacion anterior de un hombre, sobre el que no dejaba de formar en algunos momentos estrañas sospechas.

(65)

////////////////////

CAPITULO III.

—————o—————

Teodoro acababa de arreglar una cuenta relativa á una venta de pólvora y balas, hecha secretamente en el Canadá á muchos gefes de las colonias indias: se condolia de los horrores de la guerra, de las calamidades que ocasiona, de los errores y de las ilusiones que la provocan: ilusiones desgraciadamente inseparables de la degradada naturaleza del hombre, y que no cesarán sino con él. Entregado enteramente á estas reflexiones melancólicas, se retiró mui temprano á su cuarto.